CAPÍTULO XXXVII.

Donde se prosigue la historia de la famosa infanta Micomicona con otras graciosas aventuras.

Todo esto escuchaba Sancho no con poco dolor de su ánima, viendo que se le desaparecían é iban en humo las esperanzas de su ditado, y que la linda princesa Micomicona se le había vuelto en Dorotea y el gigante en Don Fernando, y su amo se estaba durmiendo á sueño suelto bien descuidado de todo lo sucedido.

No se podía asegurar Dorotea si era soñado el bien que poseía; Cardenio estaba en el mismo pensamiento y el de Luscinda corría por la misma cuenta. Don Fernando daba gracias al cielo por la merced recibida y haberle sacado de aquel intrincado laberinto, donde se hallaba tan á pique de perder el crédito y el alma; finalmente cuantos en la venta estaban, estaban contentos y gozosos del buen suceso que habían tenido tan trabados y desesperados negocios.

Todo lo ponía en su punto el cura como discreto, y á cada uno daba el parabién del bien alcanzado; pero quien mas jubilaba y se contentaba era la ventera por la promesa que Cardenio y el cura le habían hecho de pagalle todos los daños é intereses que por cuenta de Don Quijote le hubiesen venido. Sólo Sancho, como ya se ha dicho, era el afligido, el desventurado y el triste; y así con melancólico semblante entró á su amo, el cual acababa de despertar, á quien dijo:

—Bien puede vuestra merced, señor Triste Figura, dormir todo lo que quisiere sin cuidado de matar á ningún gigante, ni de volver á la princesa su reino, que ya todo está hecho y concluído.

—Eso creo yo bien, respondió Don Quijote, por que he tenido con el gigante la más descomunal y desaforada batalla que pienso tener en todos los días de mi vida: y de un revés, zas, le derribé la cabeza en el suelo, y fué tanta la sangre que le salió, que los arroyos corrían por la tierra como si fueran de agua.

—Como si fueran de vino tinto, pudiera vuestra merced decir mejor, respondió Sancho, porque quiero que sepa vuestra merced, si es que no lo sabe, que el gigante muerto es un cuero horadado, y la sangre seis arrobas de vino tinto que encerraba en su vientre, y la cabeza cortada es la puta que me parió, y llévelo todo Satanás.

—Y ¿qué es lo que dices, loco? replicó Don Quijote, ¿estás en tu seso?

—Levántese vuestra merced, dijo Sancho, y verá el buen recado que ha hecho, y lo que tenemos que pagar, y verá á la reina convertida en una dama particular llamada Dorotea, con otros sucesos, que si cae en ellos, le han de admirar.

—No me maravillaría de nada deso, replicó Don Quijote, porque si bien te acuerdas, la otra vez que aquí estuvimos te dije yo que todo cuanto aquí sucedía eran cosas de encantamento, y no sería mucho que ahora fuese lo mismo.

—Todo lo creyera yo, respondió Sancho, si también mi manteamiento fuera cosa dese jaez, más no lo fué, sino real y verdaderamente: y vi yo que el ventero, que aquí está hoy día, tenía del un cabo de la manta, y empujaba hacia el cielo con mucho donaire y brío, y con tanta risa como fuerza: y donde interviene conocerse las personas, tengo para mí, aunque simple y pecador, que no hay encantamiento alguno, sino mucho molimiento y mucha mala ventura.

Ahora bien, Dios lo remediará, dijo Don Quijote; dame de vestir, y dejame salir allá afuera que quiero ver los sucesos y transformaciones que dices. Dióle de vestir Sancho y en el entretanto que se vestía, contó el cura á Don Fernando y á los demás que allí estaban, las locuras de Don Quijote, y del artificio que habían usado para sacarle de la Peña Pobre, donde él se imaginaba estar por desdenes de su señora.

Contóles asimismo casi todas las aventuras que Sancho había contado, de que no poco se admiraron y rieron, por parecerles, lo que á todos parecía, ser el más extraño género de locura que podía caber en pensamiento disparatado. Dijo más el cura, que pues ya él buen suceso de la señora Dorotea impedía pasar con su designio adelante, que era menester inventar y hallar otro para poderle llevar á su tierra. Ofrecióse Cardenio de proseguir lo comenzado, y que Luscinda haría y representaría suficientemente la persona de Dorotea.

—No, dijo Don Fernando, no ha de ser así, que yo quiero que Dorotea prosiga su invención, que como no sea muy lejos de aquí el lugar deste buen caballero, yo holgaré de que se procure su remedio.

—No está más que dos jornadas de aquí.

—Pues aunque estuviera más, gustara yo de caminallas á trueco de hacer tan buena obra. Salió en esto Don Quijote armado de todos sus pertrechos con el yelmo, aunque abollado, de Mambrino en la cabeza, embrazado de su rodela y arrimado á su tronco ó lanzón.

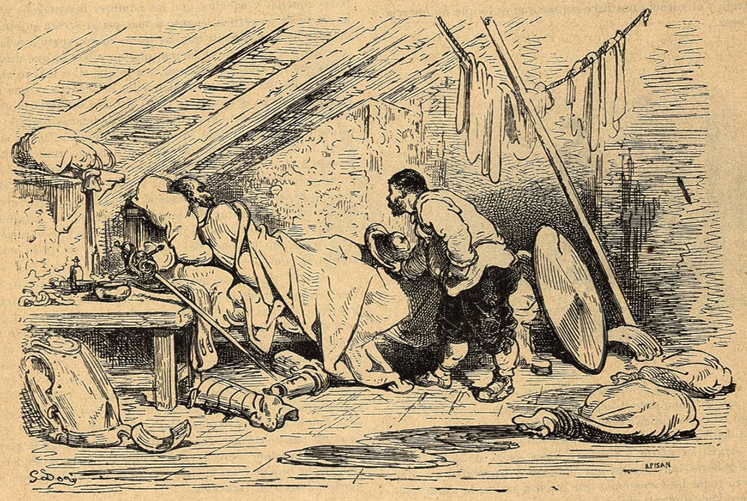
Suspendió á Don Fernando y á los demás la extraña presencia de Don Quijote, viendo su rostro de media legua de andadura, seco, y amarillo, la desigualdad de sus armas y su mesurado continente, y estuvieron callando hasta ver lo que él decía, el cual con mucha gravedad y reposo, puestos los ojos en la hermosa Dorotea, dijo:

—Estoy informado, hermosa señora, deste mi escudero, que la vuestra grandeza se ha aniquilado, y vuestro ser se ha deshecho, porque de reina y gran señora que solíades ser, os habéis vuelto en una particular doncella. Si esto ha sido por orden del rey nigromante de vuestro padre, temeroso que yo no os diese la necesaria y debida ayuda, digo que no supo ni sabe de la misa la media, y que fué poco versado en las historias caballerescas; porque si él las hubiera leído y pasado tan atentamente y con tanto espacio como yo las pasé y leí, hallara á cada paso como otros caballeros de menor fama que la mía habían acabado cosas más dificultosas, no siéndolo mucho matar á un gigantillo, por arrogante que sea, porque no ha muchas horas que yo me vi con él, y..... quiero callar, porque no me digan que miento; pero el tiempo, descubridor de todas las cosas, lo dirá cuando menos lo pensemos.

—Vísteos con dos cueros, que no con un gigante, dijo á esta sazón el ventero, al cual mandó Don Fernando que callase, y no interrumpiera la plática de Don Quijote en ninguna manera; y Don Quijote prosiguió diciendo:

Digo en fin, alta y desheredada señora, que si por la causa que he dicho, vuestro padre ha hecho este metamorfóseos en vuestra persona, que no le deis crédito alguno, porque no hay ningún peligro en la tierra por quien no se abra camino mi espada, con la cual poniendo la cabeza de vuestro enemigo en tierra, os pondré á vos la corona de la vuestra en la cabeza en breves días. No dijo más Don Quijote, y esperó á que la princesa le respondiese; la cual, como ya sabía la determinación de Don Fernando, de que se prosiguiese adelante en el engaño hasta llevar á su tierra á Don Quijote, con mucho donaire y gravedad le respondió:

—Quien quiera que os dijo, valeroso caballero de la Triste Figura que yo me había mudado y trocado de mi sér, no os dijo lo cierto, porque la misma que ayer fuí, me soy hoy: verdad es que alguna mudanza han hecho en mí ciertos acaecimientos de buena ventura, que me la han dado la mejor que yo pudiera desearme; pero no por eso he dejado de ser la que antes, y de tener los mismos pensamientos de valerme del valor de vuestro valeroso é invencible brazo, que siempre he tenido.



—Así que, señor mío, vuestra bondad vuelva la honra al padre que me engendró, y téngale por hombre advertido y prudente, pues con su ciencia halló camino tan fácil y tan verdadero para remediar mi desgracia; que yo creo que si por vos, señor, no fuera, jamás acertara á tener la ventura que tengo, y en esto digo tanta verdad como son buenos testigos dellas los más destos señores que están presentes. Lo que resta es que mañana nos pongamos en camino, porque ya hoy se podrá hacer poca jornada, y en lo demás del buen suceso que espero, lo dejaré á Dios y al valor de vuestro pecho.

Esto dijo la discreta Dorotea, y en oyéndolo Don Quijote, se volvió á Sancho, y con muestras de mucho enojo le dijo:

—Ahora te digo, Sanchuelo, que eres el mayor bellacuelo que hay en España: dime, ladrón vagabundo, ¿no me acabaste de decir ahora, que esa princesa se había vuelto en una doncella que se llamaba Dorotea, y que la cabeza que entiendo que corté á un giagnte, era la puta que te parió, con otros disparates que me pusieron en la mayor confusión que jamás he estado en todos los días de mi vida? Voto...(y miró al cielo, y apretó los dientes) que estoy por hacer un estrago en ti, que ponga sal en la mollera á todos los cuantos mentirosos escuderos hubiere de caballeros andantes de aquí adelante en el mundo.

—Vuestra merced se sosiegue, señor mío, respondió Sancho, que bien podrá ser que yo me hubiese engañado en lo que toca á la mutación de la señora princesa Micomicona; pero en lo que toca á la cabeza del gigante, ó á lo menos á la horadación de los cueros, y á lo de ser vino tinto la sangre, no me engaño, vive Dios, porque los cueros allí están heridos á la cabecera del lecho de vuestra merced, y el vino tinto tiene hecho un lago el aposento; y si no, al freir de los huevos lo verá, quiero decir, que lo verá cuando aquí su merced del señor ventero le pida el menoscabo de todo: de lo demás de que la señora reina se esté como se estaba, me regocijo en el alma, porque me va mi parte como á cada hijo de vecino.

—Ahora yo te digo, Sancho, dijo Don Quijote, que eres un mentecato, y perdóname, y basta.

—Basta, dijo Don Fernando, y no se hable más en esto; y pues la señora princesa dice que se camine mañana, porque ya hoy es tarde, hágase así, y esta noche la podremos pasar en buena conversación hasta el venidero día, donde todos acompañaremos al señor Don Quijote, porque queremos ser testigos de las valerosas é inauditas hazañas que ha de hacer en el discurso desta grande empresa que á su cargo lleva.

Yo soy el que tengo que serviros y acompañaros, respondió Don Quijote, y agradezco mucho la merced que se me hace, y la buena opinión que de mí se tiene, la cual procuraré que salga verdadera, ó me costará la vida, y aun más, si más costarme puede.

Muchas palabras de comedimiento y muchos ofrecimientos pasaron entre Don Quijote y Don Fernando; pero á todo puso silencio un pasajero que en aquella sazón entró en la venta, el cual en su traje mostraba ser cristiano recién venido de tierra de moros porque venía vestido con una casaca de paño azul, corta de faldas, con medias mangas y sin cuello; los calzones eran asimismo de lienzo azul, con bonete de la misma color; traía unos borceguíes datilados, y un alfanje morisco puesto en un tahalí que le atravesaba el pecho.

Entró luego tras él encima de un jumento una mujer á la morisca vestida, cubierto el rostro, con una toca en la cabeza; traía un bonetillo de brocado, y vestía una almalafa, que desde los hombros á los pies la cubría. Era el hombre de robusto y agraciado talle, de edad de poco más de cuarenta años, algo moreno de rostro, largo de bigotes, y la barba muy bien puesta: en resolución, él mostraba en su apostura que si estuviera bien vestido, le juzgaran por persona de calidad y bien nacida.

Pidió entre tanto un aposento, y como le dijeron que en la venta no le había, mostró recibir pesadumbre, y llegándose á la que en el traje parecía mora, la apeó en sus brazos. Luscinda, Dorotea, la ventera, su hija y Maritornes, llevadas del nuevo y para ellas nunca visto traje, rodearon á la mora; y Dorotea, que siempre fué agraciada, comedida y discreta, pareciéndole que así ella como el que la traía se acongojaban por la falta del aposento, le dijo:

—No os dé mucha pena, señora mía, la incomodidad de regalo que aquí falta, pues es propio de ventas no hallarse en ellas; pero con todo esto, si gustáredes de posar con nosotras, señalándole á Lus-